

su exilio barcelonés, dirigió junto con Hugo Chumbita y Jorge Bragulat, aunque yo haya apelado a la transcripción positiva de textos publicados en ella, lo que Abós reconoce. «Creo que Brocato debió resaltar la experiencia de aquella revista porque, más allá de la opinión que le merezca su contenido, ella expresaba una actitud frontalmente opuesta al narcisismo complaciente del exilio que él impugna»³. Pensaba en este tipo de objeciones cuando me referí a algunos énfasis y parcialidades de mi libro. Porque Abós conviene, en ese comentario inteligente, que el exilio mitificado, en especial su martirologización, «era propio de quienes salieron del país reivindicando *in totum* al foquismo, como experiencia y como estrategia política, y, eludiendo la autocrítica o acotándola en niveles superficiales, siguieron aferrados a los moldes mentales prevalecientes antes de la derrota de 1976»⁴.

Igualmente sigo pensando que, aun con revistas como las que menciona Abós y algunas voces individuales que yo no destaque lo suficiente, la imagen del exilio político-intelectual que prevaleció en la escena pública fue la mítica. Y no fue escasa para esa preeminencia la contribución del latinoamericano más prestigioso para la platea europea, Julio Cortázar, que no sólo apoyó todas las desmesuras sino que es el forjador de aquella metáfora efectista y descomunal, la del «genocidio cultural», por la que la actividad cultural en la Argentina fue eliminada por decreto y, como consecuencia, se consideró que los intelectuales que se encontraban en el interior del país habían enmudecido o hacían innoble coro. ¿Cómo extrañarse de que hubiera grupos que proclamaran desde Madrid o desde Amsterdam su ciclópea, y ridícula, misión de «preservar la continuidad de la cultura popular argentina»? Cortázar aprovechó sus afanes antidictatoriales y en un *Magazine Littéraire* de 1979 decidió autoconsiderarse, de ahí en más, un «exiliado político» de la dictadura. Nadie de los que lo palmeaban le susurró al oído lo excesivo del truco, la «piolada» desmedida. Desde aquí se lo puntualizó Liliana Heker en *El Ornitorrinco*, pero por qué extrañarse de que esto no fuera divulgado en Europa. El haber dado cuenta pormenorizada de estos subterfugios de picaresca rioplatense me ha granjeado de nuestra clientela cultural *progre*, que primero reprobió el *formalismo* de Cortázar y luego reverenció su *izquierdismo*, una actitud de indiferencia o animadversión.

Ni siquiera el no haber puesto en duda las excelencias de su literatura me resguardó. Herida imperdonable la que se infiere a las mitologías militantes.

Para describir la actividad cultural que se realizaba en la Argentina deseché las metáforas dramatizantes y preferí una que permitiera un mínimo de teorización. No hubiera elegido, por ejemplo, la de «catacumbas», aunque no por ello me parezca condenable; pero todos los aires dramatizantes, y lo de «catacumbas» lo tiene, inducen a la heroización. Lo peor que puede sucedernos, a los que intentamos desmitificar esa época, es inducir mitos contrapuestos o sustitutos. Dos aspectos universales de la represión dictatorial son indispensables para comprender el concepto de «resistencia molecular»: toda represión de ese tipo, que utiliza el terror de Estado, persigue la privatización de los comportamientos públicos y la atomización del cuerpo social. Barre la escena pública de toda actividad impugnadora o simplemente comunitaria, enclaustra la vida social en lo privado y fragmenta el tejido social, aísla sus partes, las atomiza. Todo esto lo sabíamos de antes los intelectuales politizados; lo que ignorábamos era hasta qué punto podía desmembrarse el cuerpo social con la embestida salvaje y planificada de la última dictadura. La resistencia molecular consiste, justamente, no en intentar recomponer en lo inmediato el cuerpo social, pues esto pone al descubierto la actividad y la hace fácilmente vulnerable, sino en re-unir los átomos dispersados y re-organizarlos en torno de pequeños espacios de actividad. De ahí el sentido de «molécula», de actividad «molecular», que explica este viejo dispositivo de los procesos de resistencia. La resistencia de este tipo renuncia tácticamente a reconstituir el cuerpo, porque sabe que es batalla suicida (no proclama, se entiende, la «insurrección» contra la dictadura), y se esfuerza estratégicamente por impedir su atomización. Los propios organismos de derechos humanos se inscriben en este esquema de lucha.

³ Alvaro Abós, «Sobre exilios y heterodoxias», Unidos, Buenos Aires, n.º 11/12, octubre de 1986, p. 321.

⁴ Ibidem, p. 322. Abós registró, sin remilgos, la suerte de mis tentativas: «Esa independencia crítica (que Arturo Armada destacó en un artículo de El Despertador, uno de los pocos que rompió el pétreo silencio de los medios sobre el anterior libro de Brocato) tiene su precio: la gélida indiferencia cuando no el sucio brulote de las capillas, el repudio sordo del gallinero intelectual argentino...» (ibidem, p. 323).

Ni siquiera puede decirse que todos los que intervenían en esas actividades fueran conscientes de esta política; siempre hay una combinación de decisiones conscientes y actitudes espontáneas, de objetivos políticos deliberados y canalizaciones psicosociales azarosas. Pero esos procesos cumplieron el rol molecularizador porque estaban integrados por franjas (no meros grupúsculos) de intelectuales, semiintelectuales y receptores de cultura. Un fenómeno tan masivo como Teatro Abierto no se explica sin el proceso oculto de acumulación que lo precedió, que comenzó desde principios del 77. No intervinieron en esos procesos, claro está, el conjunto de la *intelligentsia* argentina, ni los Mefistos ni los neutrales. Revistas, para mencionar un solo espacio, como *El Ornitorrinco* (Abelardo Castillo/Liliana Heker), *Punto de Vista* (Beatriz Sarlo/Carlos Altamirano), *Posta de Arte y Literatura* (Manuel Amigo/Jorge Brega), abrieron ese camino que buscaba «resistir a la aniquilación o a la idiotización de la cultura nacional», «impedir la dispersión y la fragmentación», seguidos por la generación más joven con *Ulyses*, *Nova-Arte*, *Cuadernos del Camino* y tantas otras. Para octubre de 1980, el movimiento había crecido hasta tal punto que el diario *Clarín* dio cuenta de él bajo el título de «prensa subterránea», y reconoció la existencia de cerca de setenta órganos de ese tipo. A mediados de 1979 se habían nucleado en ARCA, Asociación de Revistas Culturales de la Argentina, que había empezado su vida orgánica en La Casona de Iván Grondona y pasó luego a reunirse en la Sociedad Argentina de Escritores. Actividades nada gratuitas: un poema podía ser la puerta de un secuestro o un cuento infantil conducir a la clausura de una editorial y a sus directores a la cárcel. Y había que dar la cara, o al menos algunos tenían que darla, porque esta vez no hubo lugar para las viejas estrategias. La directora de *Cuadernos del Camino*, recuerdo, cuyo domicilio impreso en la revista era ficticio, desató la búsqueda de los mastines: el terror inundó a todos los grupos cercanos y la directora optó por trasladarse a una ciudad del interior. No pudo exiliarse; se enterró en la clandestinidad, esa suerte de muerte civil. Algo similar le sucedió a la revista rockera *Propuesta*, que concluyó sus días en medio del terror, cuando en 1979 el ejército, en un operativo de intimidación brutal, allanó su redacción. ¿Algunos pensaban que ha-

cer revistas en la Argentina era un hobby celebrado por la dictadura?

¿En qué foro público, recuperada la democracia, hubo inventario o simple recuerdo de estas actividades y sus protagonistas? A fines de 1983 se realizó en el Centro Cultural San Martín una mesa redonda sobre literatura argentina. Hubo una pregunta urticante: «¿Por qué en esta mesa no están las nuevas generaciones, los de la prensa cultural y las revistas *underground* que también pelearon?». Un periodista joven, que hizo la crónica del acto, amplió la interrogación: «¿Dónde están publicados los que desde las páginas de las revistas independientes como *Vida*, *Riachuelo*, *Giranta*, *Azul* y otras reclamaron por los desaparecidos sin ninguna protección internacional?». Y concluye con este juicio sin clemencia: «Para quienes no se pudieron, no se quisieron ir o debieron subsistir en las duras condiciones de la represión, el olvido a una generación de permanentes sólo los lleva a una afirmación: en la Argentina, la única salida para poder pertenecer a la Cultura (publicada, hablante, demostrada y testimoniada periodísticamente) es haber sido expulsado o muerto». No es una exageración. A diez años de aquello sigo pensando que no es una exageración. Y si vuelvo a esa zona de la memoria en que ha quedado marcada la vida en dictadura, esa cotidianeidad oscura y degradada que aún suele inquietarnos con sus ramalazos, aquella expresión sólo me parece una verdad argentina, una costumbre nuestra, que todos sobreentendemos con un guiño.

Visión heroico-necrófaga la de ese exilio mítico, se vincula con las típicas mitologizaciones argentinas del presente y del pasado, pero más se nutre de la ideología setentista, de su culto alegre de la violencia y de su soberbia histórica. La mayoría de la intelectualidad argentina participó de esa ideología, la auspició o la convalidó. Casi todos han reconocido los «errores» políticos a que los indujo; ninguno ha dado cuenta de las transgresiones éticas de que se acompañan esos errores ni ha abordado a fondo la renuncia a la condición intelectual que consumaron, la acriticidad compacta en que se sumergieron. Este debate se mantiene bajo siete llaves. Tiene su lógica el que celosamente se lo mantenga clausurado y se vitupere o se ignore a quienes en absoluta minoría intentan desbloquearlo. Porque se trata, en suma, de poner en cuestión qué rol social hemos cumplido y cumplimos, de ventilar qué relación austera o frívola mantenemos con las ideas

y las modas ideológicas, de interpelar lo real de la propia condición, parapetada a veces en sucedáneos o simulacros. Estamos inundados de periodistas que compilan libros y de científicos; de artefactos massmediáticos y de *papers*. Pero el debate teórico ha desaparecido.

La dictadura, está visto, sólo admite justificadores y detractores; un análisis más complejo conmoviera nuestras certidumbres progresistas.

Carlos Alberto Brocato

La retrospectiva intermitente

La despedida

Durante la guerra de las Malvinas viví en un departamento que daba a la calle. Era un segundo piso por escalera. Una noche de invierno estaba en la cama, tratando de dormirme, cuando oí un rumor de motores. Era un rugido macizo y continuo, como de máquina. No es-

taba muy lejos, pero era difícil localizarlo. Otra vez pensé, mientras me daba cuenta de que el sonido iba acercándose, en uno de los fantasmas que me atareaban por esos días: que la guerra se desplazara hacia el continente y los ingleses, por fin, decidieran bombardear Buenos Aires. «Escuchá», le dije, despertándola, a mi mujer de entonces. Ella abrió los ojos y se sentó muy derecha en la cama, como quien se concentra. Estuvimos un rato mudos, esperando, medio cuerpo bajo las sábanas y medio cuerpo afuera, sentados como se sientan las parejas que discuten en la cama sin mirarse. Pero en vez de ceder, como pensábamos, el estrépito se había generalizado y avanzaba sobre nosotros envolviéndonos en una nube de vibraciones metálicas. Era evidente que el momento había llegado: los Sea Harriers sobrevolaban la ciudad; pronto empezarían a caer las bombas. No sé por qué, pero nunca me pareció raro que los ingleses hubieran elegido como primer blanco continental esa cuadra de Belgrano y no, por ejemplo, la sede del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Escondiéndonos debajo de las sábanas (habíamos agregado la colcha de piel sintética que una hora antes nos sofocaba), nos abrazamos y empezamos a despedirnos. «Te quiero, te amo», nos decíamos al oído, «si no fuera por estos hijos de puta, hubiéramos llegado a viejos y juntos». Esta vez era en serio, no como cuando viajábamos en avión y, en el momento de carretear, simulábamos despedirnos para conjurar una catástrofe inminente. El estrépito se agigantaba a nuestro alrededor. Llegué incluso a ver nuestro departamento en el mapa electrónico que el bombardero usaba para tomar puntería: una lucecita roja titilando al compás de una cuenta regresiva. Pronto estuvimos en el corazón del huracán sonoro. Los aviones parecían estar abajo, arriba, a los costados del departamento, o tal vez ya habían lanzado las bombas y lo que nos ensordecía era el estrépito arremolinado entre las paredes del vórtice de su caída. El infierno duró un minuto y medio, quizá dos. Eso nos extrañó. No se suponía que el instante previo a la caída de una bomba fuera tan estacionario. ¿Íbamos a volar en pedazos y ni siquiera había un crescendo, un paroxismo, un golpe de gracia? Salí desnudo al balcón, desafiando el frío y las advertencias de mi mujer. Abajo, en la calle, el camión recolector de basura, flamante innovación del municipio militar, trituraba bolsas negras de polietileno.